

Mucho cuento es lo que hay



LEANDRO AGUIRRE



1

Caperucita Roja

Caperucita salió, por encargo de su madre, cargada con la cesta a rebosar de pasteles que llevaba a casa de su abuelita, que vivía al otro lado del bosque y que, se ve, no tenía problema alguno de diabetes ni nada por el estilo. La madre de Caperucita, una inconsciente, le había advertido antes de salir que tuviera cuidado con el lobo que habitaba por los alrededores. Porque, sí: se ha de ser inconsciente. ¿Qué clase de madre desnaturalizada envía a su hija de corta edad a cruzar un bosque, y más sabiendo que hay lobos en él? Pues esta señora, a la que la vida

de su hija le importaba, gramo más gramo menos, lo mismo que la vida de Hansel y Gretel a sus progenitores.

La cuestión es que para la morada de su anciana abuela se dirigió, canturreando feliz, la buena de Caperucita. Transcurrido un trecho, le salió al encuentro, tal y como le había pronosticado la impresentable de su madre, el lobo. Caperucita se quedó inmóvil, incapaz de reaccionar ante la visión de aquella bestia y su bestial dentadura. Pero más paralizada y sorprendida quedó todavía cuando escuchó salir de la boca de aquel bicho las siguientes palabras:

-¿Adónde vas, Caperucita?

-Jodeer... -fue todo lo que la cría fue capaz de articular.

La niña, atónita, no podía creer lo que estaba sucediendo. Porque, primero: ¿cómo sabía aquel animal su nombre? Segundo: ¿a él qué coño le importaba hacia dónde se dirigía o se dejaba de dirigir? Pero tercero y más importante: ¿desde cuándo hablaban los lobos?

-¿Se te ha comido la lengua el gato? -volvió a insistir el lobo esforzándose por ofrecer la mejor de sus sonrisas a una Caperucita que, por supuesto, se mostraba aterrorizada al observar aquella amenazante boca llena de afilados dientes.

-A casa de mi abuelita -respondió tímida y temblorosamente Caperucita, sin saber muy bien qué hacer o qué decir.

-Pues nada, que vaya bien... Yo sigo con mi paseo matutino. Da recuerdos.

Caperucita recordó las palabras de su madre y pensó que quizás había exagerado un poco. Al fin y al cabo, aquel lobo no parecía mal tipo y ni siquiera había hecho el más mínimo amago de atacarla. ¡Cuán equivocada estaba la dulce e ingenua niña!

El lobo, cuya intención era comerse de buenas a primeras a Caperucita, vio que aquel día podía tener doble ración y agarró un atajo hasta la casa de la abuelita. Allí, aquel animal, que aparte de hablar parecía poseer innumerables y atípicas cualidades, llamó a la puerta y la abuela, de natural confiada, la abrió pensando que era su nieta quien la golpeaba. La pobre mujer fue devorada en escasos segundos. Muy triste, sí.

Pero el lobo, que apenas había matado el gusanillo con aquella anciana que era todo huesos y pellejos, se vistió -en otra extraordinaria demostración de destreza inédita en su especie e incluso en el reino animal- con ropas de la abuela y se introdujo en la cama a esperar a Caperucita. Ésta llegó al poco rato y, tras golpear la puerta con suavidad, se introdujo en la morada de su malograda abuela. Viendo un bulto en la cama, se dirigió hasta allí.

-¡Ya he llegado, abuelita!

-No chilles, cariño, que ya te oigo -contestó el lobo imitando la voz de la vieja en el enésimo alarde impropio del día.

Fue entonces cuando Caperucita, todo reflejos y sagacidad, empezó a notar algo extraño:

-Abuelita, qué ojos más grandes tienes...

Sólo habían dos explicaciones para aquello: o Caperucita era cegata como Rompetechos, o el aspecto habitual de su abuela dejaba bastante que desear.

-Son para verte mejor -dijo el lobo cínicamente.

Pero Caperucita, que igual no era muy lista pero tonta del todo tampoco, no acababa de estar convencida:

-Y, abuelita, qué orejas más grandes tienes...

-Son para oírte mejor -aclaró el lobo, que se acercaba más y más a Caperucita.

Pero a Caperucita no se la daban con queso tan fácilmente, así que insistió:

-Ya... ¿Y esa boca?; ¿qué pasa con esa boca?; ¿eh?

-¡Es para comerte mejor! -saltó incapaz ya de controlarse el lobo, que se abalanzó sobre la niña para devorarla.

Y la devoró, ciertamente, pero a partir de aquí la historia da un giro inesperado porque un par de lugareños que por los alrededores se encontraban escucharon los gritos de Caperucita y se dirigieron hacia la casa de la abuela. Allí se encontraron al lobo, al que, aparte de las cualidades anteriormente expuestas, resulta que también le gustaba dormir en camas, que es donde se lo encontraron digiriendo a las malogradas protagonistas de este sangriento y gore relato. ¿Y qué hicieron estos dos personajes? "Matar al lobo, ¿no?", pensaréis como personas razonables que sois. Pues no, porque eso hubiera sido demasiado fácil, normal y simple para el campeón que parió este cuento.

Dios sabe por qué clase de inspiración divina, pero a los lugareños en cuestión no ser les ocurrió otra cosa que abrir la panza del lobo, que tenía un sueño tan y tan profundo que ni notaba que le estaban abriendo en canal. Y, ¡oh, sorpresa!, de las entrañas del animal salieron, enteras y coleando, Caperucita y su abuela. Que ya os imaginaréis el susto que se debieron llevar los dos hombres cuando de entre las vísceras al aire del lobo emergieron tan ricamente dos mujeres sacudiéndose la sangre de los ropajes intactos como si lo hicieran cotidianamente.

Supongo que imaginaréis que aquí viene el "vivieron felices y comieron perdices" habitual, pero nuevamente os equivocáis. Porque, en una perversión rayando en la demencia, los lugareños, absolutamente enajenados, en lugar de dejar desangrar por ahí al lobo como hubiera sido lo normal, lo que hicieron fue llenarle el estómago de piedras y después coserle. ¿Para qué? Para que, al despertarse, y obviando la cicatriz supurante que le cruzaba de arriba a abajo, pensara que aún tenía a Caperucita y su abuela en el interior. Y, de nuevo, ¿para qué? Para que cuando, sediento por la brutal digestión, intentara beber en el río, cayera allí y muriera ahogado. ¿Se puede ser más retorcido?

Y mi reflexión, con, por supuesto, todo el respeto por los clásicos, es: ¿es éste un cuento para contarle a un niño antes de irse a dormir? ¿Ein? Qué miedo, tú... ¿Qué clase de enfermo lo escribió? Con razón lo dejó sin firmar.



2

La cigarra y la hormiga

(...) Y, llegado el fin del verano, la cigarra se cargó a la gilipollas de la hormiga y vivió feliz y se zampó todo lo que ésta había estado recolectando con gran esfuerzo durante meses. Hasta que, eso sí, a los pocos días llegó un hormigón armado y la fusiló al amanecer.

Mucho más corto y realista que el original, no diréis que no. Y sin moraleja, que es una de las cosas que más rabia dan en esta vida. De nada; soy así de majo.



3

Hansel y Gretel

Vamos a hablar claro: Hansel y Gretel eran unos niños que, aparte de tener unos nombres extrañísimos, se merecían la muerte. Directamente. Ya sé que no es muy políticamente correcto decirlo, pero era así. Hansel, por ejemplo, era un chaval con obesidad mórbida que se pasaba todo el día sentado en el sofá jugando con la PlayStation y engullendo cualquier cosa grasienta, dulce o ambas cosas a la vez que le pasara a menos de diez metros de la boca. El otro entretenimiento de Hansel, cuando sus ojos conseguían apartarse de la televisión y su estómago le

decía que ya basta, que hasta él tenía un límite, era el de insultar y escupir a sus padres. Una dulce y adorable criatura, como podéis comprobar.

Gretel, por su parte, era una preadolescente insoportable cuya mayor virtud era la de, a lo Oskar Matzerath, emitir un chillido particularmente agudo y molesto cuando las cosas no se hacían o pasaban como ella deseaba. Al igual que su hermano, el tiempo libre que le dejaba cuidar su larga y rizada cabellera, empapelar la cabaña con pósters de Justin Bieber y romper vajilla tras vajilla a berrido limpio, lo dedicaba a menospreciar y reírse de sus pobres progenitores.

Como era de esperar, el vaso de la paciencia de éstos rebosó un buen día. Pero, como se trataba en realidad de buena gente diga lo que diga la leyenda, en lugar de estrangularlos, descuartizarlos y echarlos de comer a los cerdos, que es lo que hubiéramos hecho cualquiera, se los llevaron una noche al bosque y allí los abandonaron a su suerte. Gretel, que algo se olía, fue por el camino tirando migas de pan para acordarse por dónde habían venido, pero, como no podía ser de otra manera, tal y como Gretel las iba lanzando, Hansel se las iba zampando.

Hansel y Gretel, pobrecitos, caminaron durante horas en busca de alguna pista que les condujera de nuevo a casa. En realidad sólo se habían alejado unos cien metros de donde les habían abandonado, pero, claro, el ritmo de Hansel tras cuatro años sin moverse del sofá no era precisamente como para presentarse a los Juegos Olímpicos. Bien, especifiquemos: no era ni siquiera como para ir a los Paralímpicos. Pero, finalmente, vieron allí en la lejanía, a unos veinte metros, una casa oscura camuflada entre los árboles. Dos horas después, con Hansel arrastrándose agotado, llegaron a aquella construcción, que les pareció, no sabían por qué, algo extraña. Gretel llamó a la puerta. Hansel, casi sin conocimiento en el suelo, no hubiera podido hacerlo ni que su vida hubiera dependido de ello.

Abrió la puerta una anciana que, al ver a los niños, se relamió.

–Hombre, mi cen... Digo... Hola, niños, ¿os habéis perdido?

–Tenemos hambre, vieja –soltó sin más preámbulos Gretel apartándola y entrando en la casa–. Y arrastra a mi hermano dentro. Ya.

La bruja (Ah... ¿Que no os había dicho que era una bruja? Lo siento, son las drogas), que, por lo que se ve, se encontraba en una envidiable forma física para los 203 años que tenía, introdujo aquel saco de tocino dentro de la morada y cerró la puerta. Poco a poco, Hansel volvió en sí.

–¿A qué huele aquí, vieja asquerosa? –preguntó el niño esnifando el ambiente.

–A chocolate –contestó la anciana, que removía un puchero.

–¡Dame chocolate, puta! –gritó Hansel.

–¡Sí, danos chocolate, vieja de mierda! –se añadió a la educada petición Gretel– ¡Danos chocolate! ¡iiiiiiiiiiiiiiiiiiiihhhhhhhhhhhhh...!

–¡Está bien, está bien! –concedió la bruja– Si os calláis os contaré un secreto.

–¡Cuéntenos, cuéntenos...! ¡iiiiiiiiiiiiiiiiiiiihhhhhhhhh...! –gritaron los dos niños al unísono.

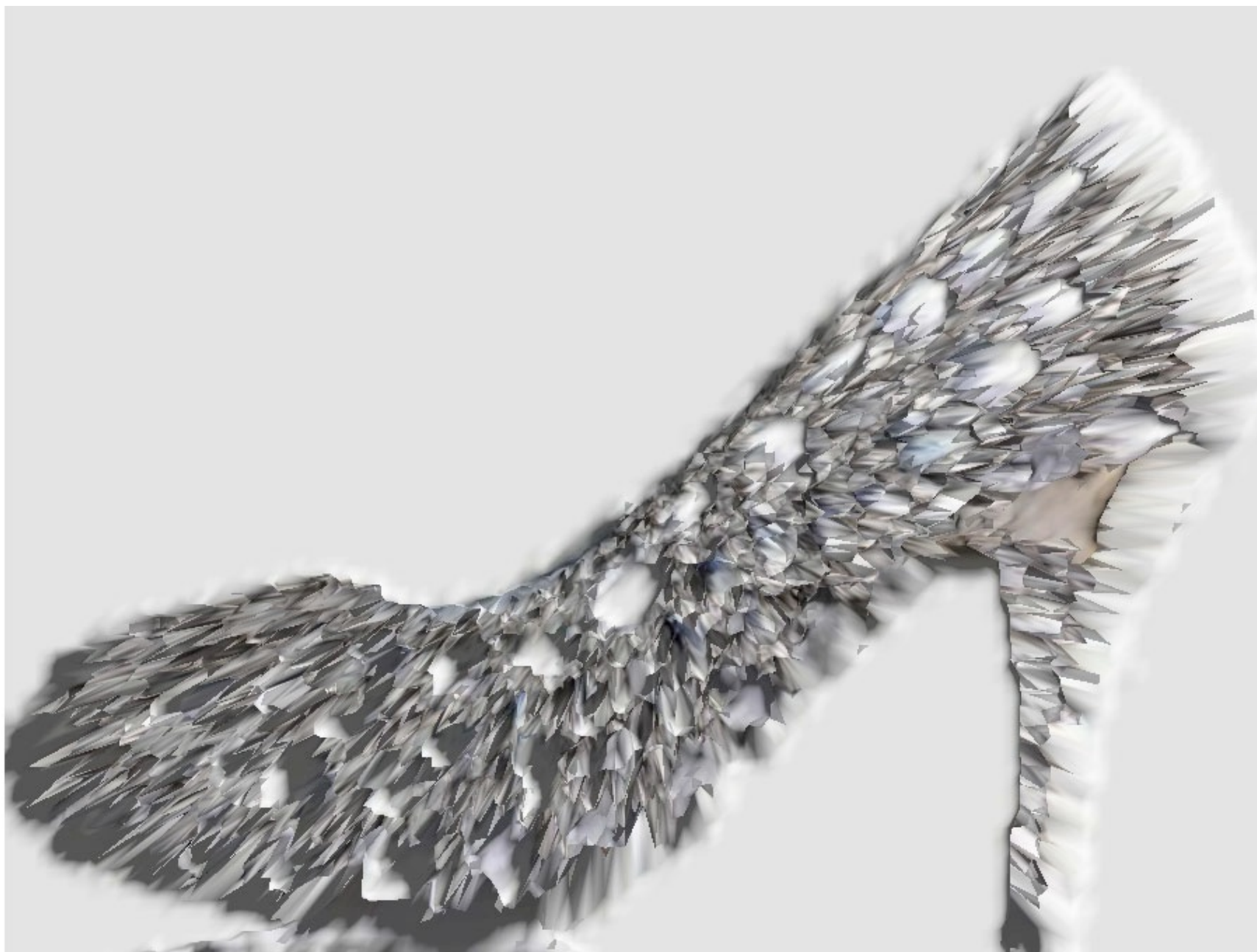
–Jodeeer... –resopló la dueña de la morada–. Esta casa, niños, está hecha de chocolate. Todo lo que veis es chocolate, desde los ladrillos hasta las ventanas. Tooodo es chocolate. Y podéis comer lo que queráis. Sin límite.

A los hermanos no se lo tuvieron que decir dos veces y empezaron a morder lo que tenían más a mano. En concreto Hansel empezó por el armario y Gretel, más comedida, dio cuenta de una lamparita de mesa que se hallaba, evidentemente, sobre una mesa. La bruja mala y arrugada los miraba con gula mientras se pasaba la lengua por los labios. Cuanto más comieran, más gordos y lustrosos estarían cuando se los tuviera que comer ella. Bien, en realidad a Hansel se lo hubiera comido ya, aunque no lo hacía porque quizá si lo metía en una olla con agua hirviendo y especias la aún escuálida Gretel hubiera sospechado algo. Pero su plan estaba en marcha y sólo era cuestión de poco tiempo que los niños estuvieran en su punto para cocinarlos.

Pero la bruja pirula no contaba con un pequeño factor inesperado: la voracidad de aquellos dos insaciables menores. En un visto y no visto, Hansel y Gretel habían devorado la mitad de aquella casa, desde paredes a estanterías, desde la chimenea hasta la mesa con todas sus sillas. Además, en los escasos momentos de descanso que se tomaban, no hacían otra cosa que quejarse, chillar e insultar a la anciana, que no veía engordar a los niños al mismo ritmo al que comían.

Así que tuvo que tomar una decisión. Ante la posibilidad de quedarse en escasos días sin hogar, y con los nervios destrozados por los alaridos insoportables de aquellas dos fieras corruptas, finalmente hizo lo humanamente comprensible: los estranguló, los descuartizó y los echó de comer a los cerdos. Y es que, como es totalmente normal, ya ni cocinarlos le apetecía.

¿La bruja mala? Una santa, es lo que era. Qué asco de niños, oye.



4

Cenicienta

Érase una vez una bella muchachita que habitaba en un pueblo cualquiera del extrarradio de una gran ciudad cualquiera. Su nombre era Cenicienta, aunque todo el mundo la conocía por Ceni.

Vivía la virtuosa Ceni en el undécimo piso de un bloque de veinte, situado en uno de esos grises barrios de edificios altos que florecen alrededor de las grandes urbes a la vera de las autopistas. El suburbio, eufemísticamente hablando de gente trabajadora y normal, era en realidad un nido de parados y yonquis que se dispersaban por todas las esquinas esperando reba-

ñar la porción de miseria que les correspondía. Éste era el ambiente que respiraba cada día Cenicienta, que cohabitaba, por turbios asuntos familiares que jamás llegaron a aclararse del todo, con su madrastra y dos hermanastras.

La señora Puri era, aparte de la madrastra de Cenicienta, una prostituta ya retirada que, tras unos cuantos años de estar sentada frente al televisor comiendo cualquier producto insano y grasiento que le pusieran delante de las narices, había alcanzado un descomunal volumen que le obligaba a pedir ayuda para cualquier pequeño movimiento que debiera realizar. Tenía, además, un aspecto espeluznantemente canino y una mala leche irracional, que se habían ido incrementando con el paso de los años y los kilos.

Su hija de más edad, la Encarni, había seguido el sendero materno y trabajaba de puta en la carretera de un municipio vecino, aunque, a causa de su desagradable aspecto físico, su aportación a la economía familiar era prácticamente inexistente.

Pero para fea su hermana Purita. Aquello sí que era espantoso. Lo más parecido, decían los que alguna vez la habían visto, a la hermana deforme del Yeti. En las escasas ocasiones que Purita salía de casa se formaban en la calle auténticos espectáculos: la gente cambiaba de acento si se la encontraban de frente; los niños, formando corros en torno a ella, la señalaban y se burlaban cruelmente, mientras sus madres, asustadas, los cogían del brazo y se los llevaban; y la policía le pedía la documentación y más de uno había sufrido un amago de infarto al verla. Pero el efecto más curioso se producía en carnaval, cuando, quien no la conocía, la paraba y le pedía la dirección de la tienda donde había comprado aquella careta tan real y conseguida. Era un bicharraco horrendo y contrahecho que también había continuado los pasos de su madre, pues se pasaba todo el día con ella comiendo en el sofá.

El principal divertimento que tenían aquellas tres mujeres era, sin discusión alguna, hacerle la vida imposible a Cenicienta, a quien no perdonaban que fuese así de bonita. Arrinconada en su propio hogar –pues las brujas ocupaban las tres habitaciones del piso y la obligaban a dormir en un sofá en el que ni tan siquiera entraba estirada–, la vida de Cenicienta no transcurría de forma agradable. Comenzaba la jornada a las seis de la mañana en una fábrica de un polígono industrial cercano a su barriada. Allí se pasaba ocho horas seguidas metiendo bolsas de fertilizante en cajas y aguantando a todo el personal masculino que, aunque no entendían cómo semejante belleza podía estar trabajando en el mismo pozo de mierda que el de ellos, trataban de sacar el máximo beneficio de la situación. Cuando fichaba a las dos, montaba en un autobús que atravesaba el pueblo y, en el único momento de descanso de todo el día, engullía desganadamente un minúsculo bocadillo de pan inglés mientras se dirigía al chalet de una familia a la que hacía las tareas domésticas. También el señor de la casa intentó beneficiarse a la Ceni, pero ésta, virtuosa como ella sola, había conseguido mantenerle a raya. Sobre las nueve, cuando terminaba, regresaba directamente a casa y, tras hacer la cena, ordenaba y limpiaba todo lo que las tres arpías habían ensuciado durante el día. Además, cada fin de mes Cenicienta entregaba su suel-

do íntegro a la Puri, que le impedía estudiar, comprar ropa nueva o salir a tomar una copa. Cuando por las noches se quedaba a solas, la Ceni lloraba silenciosa y desconsoladamente a causa de la vida horrible que le había tocado y soñaba, dormida y despierta, con que algo o alguien la rescataría de semejantes penurias.

Coincidieron una noche las cuatro viendo un instructivo programa de televisión. En él intervenían una obesa folklórica, un par de humoristas decadentes y repetitivos y un adivino amanerado de aspecto porcino, que era más conocido por eso –por su parecido a un cerdo sarasa– que por acertar en sus predicciones. El espacio estaba conducido por una presentadora vomitiva e indecente que llevaba años especializada en transformar las miserias ajenas en billetes que engordaban sus numerosas cuentas corrientes.

En un momento de dicho programa ofrecieron a mujeres de todas las edades la oportunidad de asistir en directo a los estudios de la cadena para ver al famoso cantante melódico Augusto Ermita, que bailarían, además, con una de ellas. Daba la casualidad que la pasión por Augusto Ermita era, seguramente, la única cosa que unía a Cenicienta con aquellas tres mujeres, así que, junto a ellas, dio palmas excitada ante la utópica idea de danzar durante unos pocos minutos junto al hombre de sus sueños.

Para tener acceso al programa se debía llamar a un número de teléfono, con prefijo de Madrid, que comunicaba con un contestador automático. Ni corta ni perezosa, la señora Puri hizo que Cenicienta llamara durante más de tres horas ininterrumpidamente, dejando en el mensaje, por supuesto, sólo el nombre de la madre y las dos hijas. La Ceni se moría de ganas por ir, y sopesó durante un rato la posibilidad de intentar engañar a su madrastra y dar su propio nombre alguna vez, pero conocía las reacciones desmedidas de la Puri y, muy a su pesar, se resignó a verlo por la tele.

La recompensa a tanta insistencia llegó a la semana siguiente, cuando un telegrama del canal televisivo invitaba al trío a acudir al programa, se supone que desconociendo la clase de engendros que eran. Aquello, lo único que supuso para Cenicienta fue una ración extra de trabajo porque, durante dos semanas, y aparte de las tareas habituales, tuvo que lavar, planchar y coser vestidos, lustrar zapatos y limpiar decenas de pulseras, collares y pendientes hasta que parecieron recién comprados.

Y llegó el gran día. La Puri y su camada se embutieron como buenamente pudieron en sus mejores vestidos, se colgaron toda la quincalla que les cupo, se rociaron con su colonia pestilente de mercadillo y se dieron unos discretos retoques de maquillaje al estilo apache. Prohibieron expresamente a Cenicienta salir de casa y –después de algunos problemas al sacar a la señora Puri por la puerta, y otros tantos para hacerla entrar y salir del ascensor– marcharon, dejando tras de sí un combinado explosivo y nauseabundo de olores.

Desconsolada y hecha un mar de lágrimas quedó la hermosa joven. No pensó siquiera en el alivio y la suerte que suponía el perder de vista, aunque sólo fuera por unas horas, a la orca y sus dos crecidos cachorros. No. Lo que inundaba su mente era el deseo de ver de cerca a Augusto. Hubiera dado cualquier cosa por estar unos segundos en sus brazos...

Maquinalmente, por no pensar más que nada, conectó la tele. Miraba sin prestar atención uno de esos ñoños telefilms de sobremesa. En él se narraba la experiencia traumática y dramática de dos padres cuando descubrían que su tierno hijo de veintitrés años había consumido por primera vez marihuana, y su lucha titánica por evitar que se convirtiera en un delincuente juvenil drogodependiente. Durante un corte publicitario, los ojos vidriosos de Cenicienta quedaron fijados en un anuncio del líquido limpiador Mr. Proper, en el que un calvo culturista de dibujos animados volaba por una casa dejándolo todo brillante y reluciente. De repente, el aparato de televisión sufrió un súbito apagón y, acto seguido, surgió de la pantalla una intensísima luz que llenó la sala de un resplandor que hizo a Ceni taparse la cara. La descarga luminosa se fue difuminando poco a poco hasta desaparecer por completo y, antes de que la muchacha pudiera acostumbrar su vista a la nueva situación, se escuchó una voz exageradamente amanerada, como sobreactuada.

-Hola, Ceni...

La joven se frotó los párpados y abrió los ojos asustada, girando el cuello freneticamente para averiguar de dónde procedía aquel escalofriante saludo.

-Estoy aquí -dijo el ser misterioso.

Y entonces percibió claramente que el sonido provenía del televisor y que, desde el interior del aparato, era Mr. Proper quien le hablaba.

-¡Joder! -se le escapó a la generalmente recatada Cenicienta, quien, a pesar del ejemplo que recibía cada día, jamás soltaba un taco ni decía una palabra más alta que la otra.

-No te asustes, mi niña -intentó tranquilizarla aquel hombre dibujado que de por sí era bastante poco tranquilizador-. Soy Mr. Proper, tu Hado Padrino, y he venido para convertir en realidad tus sueños.

-Jo-deeeer... -repitió ella, atónita.

-Sí, lo sé: con este atuendo de marinero no tengo demasiado glamour -dijo Mr. Proper-. Llevo años intentando que me nombren Hada Madrina para poder lucir esos maravillosos vestidos que les dan a ellas, pero no hay manera, así que tendrás que conformarte con lo que hay. Te he dejado sobre la cama de tu madre un vestido y unos zapatos que, en confianza, son de segunda mano pero que dan mucho mejor el pego que cualquiera de los tuyos. Encima del mueble del recibidor está la invitación al programa y las llaves de un Panda amarillo que está aparcado frente al portal. Ay... -suspiró, poniendo los ojos en blanco y parpadeando-. Antes dábamos carrozas tiradas por corceles blancos, con sus pajes y todo, pero eran otros tiempos... ¡Ah! No olvides regresar antes de las dos en punto porque necesito las cosas para otro trabajo. Si no lo ha-

ces, te quedarás en pelota picada y sin poder volver, así que tú misma. ¡Pero va, que te estoy entreteniendo y si no te das prisa no vas a llegar! Una última cosa, entre tú y yo: arréglate un poco, que vas hecha un asco, querida. En fin, buena suerte, Cenicienta. ¡Chao!

La Ceni, aún incrédula, entró en la habitación de su madrastra y comprobó que, efectivamente, un vestido, bonito pero algo pasado de moda, estaba sobre el lecho. Tras cambiarse, peinarse y maquillarse rápidamente, cogió las llaves y la invitación, bajó a la calle y se introdujo en el coche que, tal y como le había dicho Mr. Proper, se encontró de morros sólo salir. Cenicienta, gracias a la intransigente negativa de su madrastra, no poseía el permiso de conducir, pero como esto es un cuento diremos que llegó sin incidentes ni interrupciones policiales hasta los estudios de televisión.

Entrando justo a tiempo para la emisión, que era en directo, fue situada en un lugar cualquiera entre el público. Buscó con la mirada a doña Puri y sus hijas pero no pudo dar con ellas, lo que incrementó su excitación y alegría. La razón era, simplemente, que al ver los responsables del espacio a criaturas tan horrorosas, habían decidido, justa y sabiamente, que no era estéticamente aconsejable que semejantes monstruos pudieran penetrar en los hogares de todo el país. Así que, tras las airadas protestas de la Puri, fueron estratégicamente ubicadas en un lugar detrás de las cámaras desde donde podían observarlo todo pero no podían ser filmadas.

Comenzó el programa. La primera entrevista era a una desolada y demacrada madre que había perdido a seis de sus nueve hijos por culpa de la heroína. Era conmovedor contemplar la angustia tanto de la madre como de la presentadora que, sintiendo como propio aquel sufrimiento, intentaba animarla con frases salidas del corazón como: “Hasta el rabo todo es toro”, “La vida sigue, Isabel” o “¡Ánimo, mujer, que aún te quedan tres!”. A continuación, un trasnochado y orondo humorista, cuyo mayor éxito consistía en un chiste que se hizo popular por haber hecho esbozar una media y fugaz sonrisa al Generalísimo allá por los sesenta, soltó las caducas gracias que llevaba repitiendo hacía más de treinta años. Cuando se despedía, hasta el más patético de los allí presentes sintió vergüenza por tener que aplaudir a aquel hombre. Seguidamente, tras unos cuantos minutos de publicidad, el varón más deseado del país haría acto de presencia.

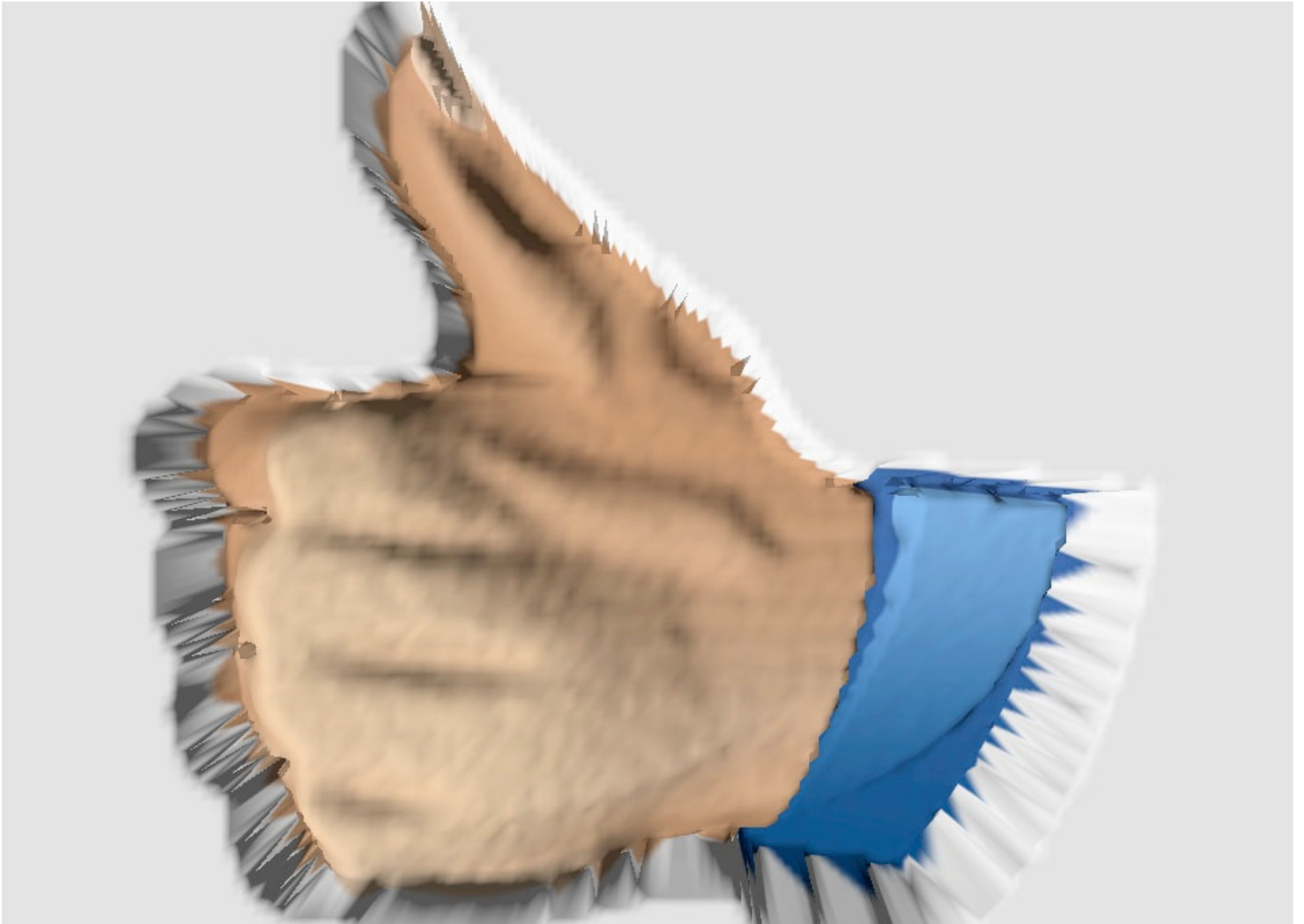
Augusto Ermita apareció entre gritos, aplausos y muslos mojados. La presentadora, con una sonrisa artificial y permanente en el rostro, ejecutó una entrevista de antología, profunda y exhaustiva. “¿Estás enamorado, Augusto?”; “¿Qué es para ti la felicidad?”; “¿Qué queda de aquel chico tímido que, soñando con ser bombero, prendía fuego a todo lo que le pusieran por delante?”; o “¿cómo se encuentra tu hija Pitiminí después del trauma que sufrió tras perder a su tortuguita?” fueron algunas de las preguntas que formaban parte de aquel elaboradísimo cuestionario y que merecieron no menos brillantes respuestas por parte del invitado. Después, el famoso cantante deleitó a las asistentes –entre las cuales alguna babeaba y otras lloraban de pura emoción– con un play-back (en rigurosísimo directo, eso sí) de dos de las canciones de su

nuevo álbum. Finalmente, llegó el momento que todas esperaban ansiosas: Augusto debía elegir a una de las mujeres que allí se reunían y sacarla a bailar.

El ídolo se situó frente a las gradas sonriendo y dejó que sus incondicionales chillaran histéricamente reclamando su atención. Paseó su mirada de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, pero cuando sus ojos se cruzaron brevemente con los de Cenicienta supo que no tenía que seguir buscando. Subió las escaleras atléticamente y, cuando llegó a la fila en la que se aposentaba la Ceni, extendió su mano hacia ella, que se cubría la cara con los dedos intentando ocultar su incontenible emoción. Agarrados de la mano, bajaron y se situaron en el centro del escenario. Sonaron los primeros acordes del típico vals vienés y Cenicienta, transportada y como dopada, se dejó llevar, disfrutando del momento más maravilloso que le había deparado la vida.

Pero fue entonces, cuando comenzaron a danzar, que la señora Puri y sus hijas pudieron ver a Cenicienta, ya que desde su posición no había apenas perspectiva del público. Y a la Puri, que lo que más le cabreaba en este mundo era que la desobedecieran, se le subió la ira a la cabeza y, cegada por su sed de venganza y obviando totalmente cualquier consideración sobre el hecho de que aquello se estaba emitiendo en vivo, se fue en busca de su ahijada. Ésta, que contemplaba absorta los penetrantes ojos verdes de Augusto, no reparó en que su madrastra, cual oso colérico y furibundo, le embestía por la espalda. Ante el desconcierto general, la señora Puri propinó un empujón al cantante y le arreó dos escalofriantes bofetadas a Cenicienta. La chica, pensando que había sido atropellada por un camión, yacía aturdida en el suelo tres o cuatro metros más allá. Agarrándola por el pelo, la Puri la arrastró por el piso –mientras sus dos hijas le propinaban patadas– hasta sacarla del plató. Al fondo, la presentadora, en pleno ataque de nervios, realizaba el doble esfuerzo de intentar controlar la situación al tiempo que intentaba controlarse a sí misma. Y Augusto Ermita, aprovechando el caos reinante, se escabullía sigilosamente hacia los camerinos para catar, junto al guitarrista de la orquesta, la cocaína con la que había sido obsequiado por la productora del programa.

Y aquí se acaba la historia, amiguitas y amiguitos. Cenicienta perdió un zapato, cierto, y también la mitad de su rubia y exuberante melena. Pero a Augusto Ermita, conocido mujeriego que presumía, privada y públicamente, de haber estado con más de cinco mil mujeres, no se le pasó por la cabeza ni recoger el calzado extraviado, ni mucho menos salir en busca de la propietaria. Así que ni se casaron, ni fueron felices, ni comieron perdices, ni nada de nada. Además, Cenicienta murió pocos años después en los mugrientos lavabos de un bar de carretera a causa de una sobredosis. Si queréis un final feliz, buscad en otro cuento.



5

Pulgarcito

Érase que se era un niño pequeñito pequeñito, del tamaño de un pulgar. Por tal motivo sus padres, unos cachondos mentales con mucha mala leche, le llamaron Pulgarcito.

Se cuentan multitud de historias y leyendas acerca de Pulgarcito, pero quizá la menos conocida sea la que dice que, ya mayorcito –es un decir, porque en su edad adulta Pulgarcito medía, como mucho, pulgar y medio–, encontró a una mujer de más o menos su misma medida con la que se casó y con la que –después de intoxicarse con anticongelante y volverse azul– tuvo

multitud de hijos azules clónicos y una hija azul también con los que se fue a vivir a un poblado hecho de setas venenosas.

Porque, sí, ése es el secreto mejor guardado de la historia y no las chorradas que desvela Wikileaks: Papá Pitufo era Pulgarcito de anciano. No hace falta que me déis las gracias por abrir los ojos, lo hago encantado. Colorín colorado... (qué expresión tan absurda, coño).



6

La tortuga y la liebre

Pero, vamos a ver... Entre la liebre y la tortuga, ¿cómo que quién era más rápida? ¿Estamos de cachondeo? Una cosa es que la liebre se emborrachara por el camino, se fracturara una pierna, le diera un infarto fulminante mientras corría o, simplemente, no tuviera las más mínimas ganas de echarse una carrera con un galápago con delirios de grandeza, pero, por favor: ¡la liebre siempre será más rápida que la tortuga aunque ésta viva mil vidas, coño! Es que hay cosas de los cuentos que me ponen de mala leche, en serio.



7

PÍNOCHO

En un lugar de Italia de cuyo nombre no quiero acordarme vivía un carpintero viejo y chocho. Harto de su soledad decidió, en un ataque de senilidad, hacer un niño de madera para que le acompañara en el otoño de su vida. Otros se hubieran comprado una muñeca hinchable, o se hubieran ido de putas, o hubieran realizado un viaje a Tailandia, pero no el bueno de Geppetto que, como decíamos, se decidió, con vete a saber qué oscuras intenciones, por un niño pequeño.

Lo que no podía imaginarse Geppetto cuando se metió en la cama noqueado por el litro y medio de vino que, vasito a vasito, había consumido con la cena, es que, al levantarse, el chaval que había modelado con sus manos el día anterior habría cobrado vida y le hablaría.

-Tengo hambre. ¿Tienes algunas astillas o algo por ahí? -el anciano se frotó los ojos-. ¡Eo! ¡¿Me oyes?! -insistió aquel niño de madera que daba grima mirar.

-Eh... Mmm... -balbuceó Geppetto-. Ahí hay serrín -dijo señalando un saco que se hallaba a la derecha del niño.

El chaval comenzó a devorar aquel polvo mientras el carpintero lo miraba aún incrédulo. Fue entonces cuando Geppetto dijo:

-Te llamarás Pinocho.

El niño abrió los ojos como platos y, aún con la boca llena de madera masticada, protestó:

-Jodeer... ¿Pinocho? ¿En serio? O sea, tú me has creado y yo te respeto y tal, pero, coño, es un nombre muy feo. ¿Te lo has pensado bien? Que es un nombre que te marca para toda la vida, hombre. No sé... Giusseppe, Marcello, Giovanni, Manolo... Me sirve cualquiera. Pero es que Pinocho...

-Te llamarás Pinocho.

No os aburriré con los detalles, pero la discusión duró varias horas más hasta que aquel niño de pino, más por hartazgo que por convicción, claudicó.

-‘Ta bien... Me llamaré Pinocho.

A lo que Geppetto, en plan chulo, concluyó:

-¿Lo habías dudado en algún momento?

La vida transcurrió tranquila los siguientes días: Geppetto trabajando en sus cosillas y planteándose muy seriamente hacer en madera una sueca de veinte años, Pinocho asimilando su flamante nombre y comiendo madera por los rincones, y el perro de la casa desaparecido en combate desde que salió huyendo tras ver a aquel mueble con vida propia que había ocupado la casa. Hasta que un día, todo cambió.

Geppetto había estado trabajando en una costosa mesa que, una mañana, había desaparecido. Por los restos de mesa mordisqueada esparcidos por todo el taller y el considerable volumen que el estómago de Pinocho había adquirido en tan solo unas horas, Geppetto llegó a la sabia conclusión de que había sido su creación el que se la había zampado. Así que fue a buscarlo y le interrogó.

-Pinocho, ¿te has comido la mesa que había en la carpintería?

-¿Mesa? ¿Qué mesa? -disimuló el niño.

Fue entonces cuando Geppetto observó que la nariz del niño crecía un poco.

-Te lo preguntaré otra vez: ¿te has comido tú la mesa?

Pinocho abrió los ojos con desmesura como sólo los abren los que mienten e insistió en su negativa:

-Nooo, qué va... No sé de qué me hablas.

Y la nariz de Pinocho volvió a alargarse unos centímetros ante el asombro de Geppetto, que decidió darle una postrera oportunidad.

-Pinocho, por última vez: ¿qué ha pasado con la mesa?

-No tengo ni idea, en serio -contestó Pinocho mientras su nariz alcanzaba ya una longitud que no podía pasar inadvertida.

Geppetto, abatido, cayó de rodillas en el suelo y elevó la vista al cielo -bueno, al techo en realidad- en plan dramático.

-¡Noooooooooooo...! -exclamó con los ojos anegados en lágrimas-. ¡Mi hijo es un político!

Tras lo cual, agarró a Pinocho, lo tiró a la chimenea y le prendió fuego, para posteriormente quitarse la vida perforándose la sien con una pistola de clavos. Y es que, como habréis observado, aquí no somos mucho de finales felices.



8

Pedro y el lobo

Había tiempo ha un joven pastor llamado Pedro que, allá arriba en las montañas con las ovejas como toda compañía, se aburría como una ostra aburrída. Y antes de que me lo preguntéis ya os lo digo yo: no, no es el mismo Pedro que el de Heidi. La cuestión es que a Pedro un día se le ocurrió, de puro hastío y ocio, gastarle una broma a los habitantes de su pueblo y bajó corriendo la ladera gritando como un poseso:

–¡El lobo, el lobo! ¡Que viene el lobo!

Al oírlo, todos los lugareños salieron a su encuentro con azadas, palos, espráis de pimienta y cualquier objeto contundente que encontraron a su paso. Entonces Pedro, al ver a todos sus vecinos tan nerviosos y preocupados, se echó a reír y confirmó que, en realidad, no había lobo ni había nada. Fue en ese momento cuando el Toribio –que, aparte de ser una bestia parda, tenía bastante poco sentido del humor– se acercó al pastor y le cruzó la cara de un revés. Y, evidentemente, a Pedro no se le ocurrió volver a gritar que se acercaba el lobo ni aunque fuese cierto. ¿Moraleja? Con el Toribio pocas bromas.



9

Los tres cerditos

Había una vez tres cerditos que fueron, una vez engordados hasta la enajenación, sacrificados y desangrados para hacer panceta, jamón, libritos de lomo, chorizo y un montón de cosas ricas. Y no: no construyeron tres casas –ni de papel ni de encofrado ni de nada, que no sé quién ha visto a un cerdo haciendo mortero–, ni vino un lobo con una descomunal potencia pulmonar que ni Superman y echó abajo el trabajo de aquel trío de gorrinos, ni se salvaron milagrosamente gracias a la construcción de uno de ellos, marrano licenciado en Arquitectura por la Universidad de Iowa, ni nada de todo eso.

Y es que está bien que los autores de cuentos le pongan imaginación al asunto y tal, pero a veces se pasan. Y aparte, si la moraleja pretende ser “hacer las cosas como dios manda tiene su recompensa”, puede que, en un cerebro infantil, eso se convierta en un “para qué hacer las cosas bien, si siempre va a haber un cerdo para realizar el trabajo sucio”. Y es que, claro, los cuentos infantiles los escriben adultos y así salen. Que la mayoría no van ni firmados. Y no me extraña, yo tampoco me atrevería.



10

Juan Sinmiedo

Hablemos sin tapujos: Juan Sinmiedo era un gilipollas. Porque, claro, una cosa es no tener miedo, y otra muy diferente es ir repartiendo palos por ahí para demostrarlo, que es exactamente lo que hacía este tipo. Para el que no lo sepa, Juan era el hijo menor de un leñador que, aburrido de que en su pueblo nadie le plantara cara, decidió irse por ahí en busca de algo o de alguien que le hiciera sentir miedo.

De camino, Juan se encontró por esos bosques de dios a una bruja y a un ogro que no consiguieron inmutar al joven. Como era costumbre, saldó sendos encuentros pegándole una bru-

tal paliza tanto a la bruja –que, por muy bruja que fuera, no dejaba de ser una anciana– como al ogro, que, aunque nadie lo cuente, sólo había salido a su encuentro para ofrecerle un té con pastitas por charlar con alguien y mitigar su soledad. Un auténtico cabronazo Juan, sí.

Caminando caminando, con la sola interrupción de alguna que otra somanta de palos que infligía a gente con la que se cruzaba por mirarlo mal o cualquier otra cosa, Juan llegó a la capital del reino, donde pensaba que podría encontrar a alguien que estuviera a su altura en valentía. En la plaza mayor, un pregonero leía una misiva del rey según la cual ofrecía la mano de su hija a quien consiguiera pasar tres noches seguidas en un castillo famoso por sus fenómenos paranormales. Cuentan que allí se había visto incluso a Iker Jiménez investigando, así de paranormal era el lugar. Juan no podía pedir más, así que, cómo no, se presentó a la selección de aspirantes.

Cuando le tocó el turno, tras unos días de desidia y de pegar mamporrazos por ahí, Juan se dirigió al castillo y, tras encender una gran chimenea, se dispuso a pasar la primera velada. En medio de la noche, un ruido de cadenas despertó a Juan, que se encontró frente a un fantasma que se movía lentamente de un sitio a otro. Si alguien piensa que un fantasmucho de tres al cuarto iba a alterar el pulso de un tipo que se apellidaba Sinmiedo está muy equivocado. A Juan, del género cafre, no se le ocurrió otra cosa que agarrar un tronco de la chimenea y quemarle la sábana al pobre espíritu, que, llorando como una adolescente en su primera ruptura amorosa, salió de allí como una lagartija asustada.

Durante la segunda noche Juan también fue despertado por un ruido. Cuando abrió los ojos, se encontró a escasos metros con tres tigres –se desconoce si tristes o no– que le enseñaban la dentadura con aspecto poco amistoso. ¿De dónde salieron los tigres? Se desconoce, pero la teoría más aceptada dice que del propio rey, que, se ve, también era un tipo, al igual que Juan, con bastante mala fe. Os imaginaréis que la tunda que le pegó Juan a los tres tigres fue de las que marcan una época. Si en aquella época hubiese existido la televisión, por Navidad aún repondrían en alguna cadena las tres noches de Juan Sinmiedo en el castillo.

Pero en la tercera noche... Ah, en la tercera noche... Cuando Juan despertó en la tercera noche, vio algo para lo que no estaba preparado. Algo que escapaba a toda su comprensión. Algo que le hizo sentir sudores fríos y un escalofrío que le bajó desde la nuca hasta el coxis. Algo que le hizo descubrir el horror en toda su extensión y crudeza. Y es que enfrente de él se encontraba un inspector de Hacienda que le reclamaba pagos correspondientes a la última década, concretamente la que llevaba repartiendo hostias sin preocuparse de nada más. Y, entonces sí, Juan supo cómo era el verdadero miedo y, dicen, desde ese día le llamaron Juan Elcagao. Y es que, por muy valiente que sea alguien, el universo siempre encuentra algo pavoroso con lo que hacernos sentir terror.



11

La ratita presumida

El de la Ratita Presumida es uno de los finales de cuento más absurdos de la historia de la humanidad. No es retorcido, gore y surrealista como el de Caperucita Roja, pero es absolutamente increíble, en el sentido estricto de que no hay dios que se lo crea. La cosa va de la siguiente manera:

Resulta que había una vez una ratita que barría la escalera de su casa –lo que hacen habitualmente las ratitas, vamos– y se encontró una moneda. ¿En qué gastarse el dinero? La ratita contempló tres opciones: comprarse caramelos –descartado por posibles y futuras ca-

ries-, comprarse un pastel -descartado por posibles y futuras lorzas- y comprarse un lazo de color rojo para ponerse en la cola, que fue finalmente la opción elegida.

Tan y tan guapa estaba la Ratita Presumida con su nuevo lazo en el rabo, que todo el barrio se volvió loco y quiso beneficiársela. Lo intentaron por ejemplo un gallo, un perro y un cerdo, pero los tres fueron rechazados por la roedora, fémina exigente. Quizás penséis que la Ratita Presumida vetó a sus pretendientes porque no eran de su misma especie y aquello hubiera sido una insana unión contra natura, pero nada más lejos de la realidad: los rechazó porque, se ve, no le gustaba la voz que tenían. Cada uno tiene su pedrada en la cabeza, va cómo va.

Hasta que llegó un dulce gato con sus melodiosos maullidos y, éste sí, se cameló del todo a la Ratita Presumida, que cayó rendida a sus pies. Y acaba el cuento que se casan, son felices y comen perdices. Y yo me pregunto: ¿estamos todos locos? ¿Que se casan y son felices? ¿Que son un gato y una rata, jodíos! El único final posible es que el gato se zampa a su señora, hombre. Qué manía con confundir las cosas: son niños, no imbéciles.



12

La cerillera

Érase una maltratada niña, vendedora ambulante de cerillas para más señas, que una Nochebuena muere de congelación en la calle tras sufrir innumerables alucinaciones. Y ya. Ése es el cuento. Un cuento infantil, concretamente. Y es que ya me quedo sin palabras... ¡Pero que eso puede traumatizar a un ser humano para los restos, hombre! Yo es que no sé si es que antaño la gente era muy bestia o que ahora sobreprotegemos a los niños y somos unos nenazas o qué, pero a mí me parece una pasada explicarle este cuento a un niño, y más antes de ir a dormir. Por

mucho que, finalmente, la cerillera acabara yendo al cielo con su abuelita en un supuesto y forzadísimo final feliz. Ya puestos, podríamos contarles algo así:

Había una vez un niño que iba caminando tranquilamente por la calle –como, por cierto, irás tú mañana cuando vayas al cole– y le atropella un autobús de dos plantas. Cuando está desangrándose en el suelo, unos buitres leonados picotean sus intestinos desparramados por el asfalto mientras cientos de hormigas africanas se introducen por su boca, nariz y oídos devorándolo por el interior, muriendo retorciéndose en el piso entre terribles e insoportables dolores y agonías. Aunque, eso sí, el niño sube al cielo con su abuelita, donde fueron felices y comieron perdices. Hala, buenas noches, cariño. Que duermas bien. Si puedes.

Esto de la cerillera no es un cuento: es una noticia de la página de sucesos de un periódico. Y una noticia tremenda, añado.



13

Ricitos de Oro

Ricitos de Oro, aparte de tener un nombre ridículo que le pusieron los cachondos mentales de sus padres, era una niña bastante maleducada. Sí, los señores De Oro eran una joyita de progenitores. Porque, ¿qué niño mínimamente bien educado se metería en una casa ajena por el rostro, por muy vacía que estuviera? Pues Ricitos de Oro, mismamente, que, aprovechando que allí no había nadie, se introdujo en una cabaña que se había topado mientras paseaba por el bosque (qué manía tienen los padres de los cuentos, esa pandilla de inconscientes, con dejar pasear solos a los niños por esos bosques de dios, no lo entiendo).

Una vez en el interior, Ricitos observó que en la mesa habían tres tazones llenos de sopa. ¿Y se dijo a sí misma: “Uy, esto está habitado, mejor me voy”? Para nada. Ni corta ni perezosa, Ricitos probó de un tazón grande, que estaba muy caliente, de un tazón mediano, que ídem, y de uno más pequeño, la sopa del cual encontró a su gusto y se la zampó entera. Y ahí dejó la niña guarra las tres cucharas chupadas y un cuenco vacío.

No se sabe por qué clase de arrebató, pero Ricitos vio entonces tres sillas y sintió la imperiosa necesidad de sentarse en ellas, lo que hace deducir que la sopa se la comió de pie. Una niña asilvestrada, efectivamente. La primera silla era muy alta, la segunda muy ancha y la tercera era ideal, pero, al sentarse, la vacaburra de Ricitos la rompió.

No penséis que entonces Ricitos salió de allí para evitar que el estropicio que estaba organizando fuera descubierto. La vida es para los valientes, así que Ricitos se introdujo en una habitación en la que habían tres camas. Sí: una grande, una mediana y una pequeña. Ricitos probó la primera pero, exigente como ella sola, la consideró demasiado dura. La segunda, demasiado blanda. Pero la tercera era sencillamente perfecta, por lo que allí se quedó durmiendo plácidamente la digestión de la sopa, dejando tras de sí un rastro de cucharas rechupeteadas, sillas rotas y camas deshechas.

En eso que llegaron los habitantes de la casa, que habían ido a estirar las piernas antes de comer. Se trataba de una familia de osos: papá, mamá y Manuel Fernando de Todos los Santos, el pequeñín del clan. Papá oso, que con el tema de la comida poca broma, lo vio enseguida: “Alguien ha comido de mi sopa”, dijo. “Alguien ha comido de mi sopa también”, confirmó mamá osa. “¡Alguien se ha comido toda mi sopa!”, protestó el osito.

La familia fue a inspeccionar la casa y se topó con las sillas. “Alguien ha movido mi silla”, dijo papá oso, evidenciando una alarmante falta de visión periférica al no ver la silla rota que había a escasa distancia. “También han movido la mía”, corroboró mamá osa con la misma vista unidireccional que sólo les permitía ver lo suyo propio. “¡Dejaos de hostias!”, gritó Manu: “¡que a mí me han roto la silla, joder!”.

Así que fueron hasta la habitación y echaron un vistazo, fijándose de nuevo, en una característica osuna hasta ahora desconocida, sólo en sus cosas. “Alguien ha deshecho mi cama”, dijo papá oso sin ver a esa niña rubia y gorda que estaba a tres metros en otro catre. “También la mía”, afirmó mamá osa que tampoco veía ni oía a aquella niña roncando. Manuel Fernando de todos los Santos no daba crédito a la ceguera de sus padres: “Pero... ¡¿Estáis ciegos los dos o qué os pasa?! ¡Que hay una tipa durmiendo en mi cama, coño! ¡¿Os hago un plano?!”.

Fueron los gritos del menor de la familia de osos los que despertaron a Ricitos de Oro. Y concluye oficialmente el cuento en que, rápida como una centella a pesar de ir rompiendo sillas con su culazo por ahí, escapa de los osos y vuelve a casa corriendo. Y mi pregunta amarga es: habiendo como hay cuentos infantiles tan bestias por ahí en los que la sangre corre a mares, ¿tenían que dejar precisamente con vida a esta niña entrometida y educada como un perro ca-

llejero? O sea: ¿la pobre cerillera muere alucinando y esta salvaje se libra? Joder, son tres osos contra una niña obesa, mira que era fácil. Qué injusta es la vida, verdaderamente. Hasta en los cuentos.



14

El patito feo

Había una vez una pata –una hembra de pato, digo– que, por algún motivo que no ha llegado a aclararse nunca, estaba incubando junto a sus huevos un huevo de cisne. ¿Cómo había llegado aquel huevo hasta allí? Se desconoce: es uno de los tres grandes misterios de la humanidad junto al de la Santísima Trinidad y al del asesinato de Kennedy. Y aunque, seguro, alguna diferencia debe haber entre un huevo de pato y uno de cisne, aun así mamá pato no se percató de ello.

Nacieron los patitos normales y se dedicaron a nadar y esas cosas que suelen hacer los patitos. Pero el huevo de cisne, ante el asombro de mamá pato, que no entendía que tardara

tanto en romper, continuaba allí intacto, aunque ni siquiera eso le hizo sospechar que el huevo pudiera no ser suyo. No, efectivamente: los patos no son los animales más inteligentes del reino animal, está claro.

Hasta que un día la naturaleza siguió su curso y el cisne nació. Y, claro, como era enorme, gris y tan diferente a sus supuestos hermanos, al resto de patos de la bandada, que como hemos visto luces pocas, ni se les pasó por la cabeza que aquello pudiera ser una especie diferente, dieron por hecho que era un pato horroroso y contrahecho, y se dedicaron a burlarse cruelmente de él. Y es que sí: los patos, además de retrasaditos, también son, como todo el mundo sabe, mezquinos y mala gente.

Pero, pasado el tiempo, llegó un momento en el que el cisne, que no es un animal tan estúpido como el pato, se dio cuenta de que era un cisne y no un pato de mierda y se fue a vivir con otros cisnes, mandando a tomar por saco a toda aquella pandilla de palurdos que se reían de él. Pero los patos son tan y tan imbéciles que, a día de hoy, muchas generaciones después, aún se explican entre ellos la leyenda de aquel pato gigante, feo y deforme que un día incubó una antepasada y que se comía otros patitos crudos para desayunar. Qué animal más tonto, en serio.

Colorín colorado. Que ya se ha acabado, vamos. Lo recalco por si eres un pato.



15

Los músicos de Bremen

No quisiera yo faltarle el respeto a eminencias como los hermanos Grimm, pero es que este cuento no hay por dónde agarrarlo, en serio. Comenzando por el mismísimo título, además. O sea: se llama 'Los músicos de Bremen' como se podía haber llamado 'Los astrofísicos de Milán' o 'Los camareros de Benalmádena'. Hubiera dado exactamente lo mismo, porque los protagonistas ni llegan nunca a Bremen –como podían no haber llegado nunca a, eso, Milán o Benalmádena– ni jamás llegan a ser músicos –como tampoco fueron nunca astrofísicos ni camareros–, así que éste es, con toda probabilidad, el título de cuento más arbitrario y absurdo de la historia

de los cuentos, lo que es mucho decir. Y es que los hermanos Grimm no se hicieron célebres por nada, como comprenderéis. Para pasar a la posteridad, se ha de hacer algo grande.

La historia va de un burro, un perro, un gato y un gallo que, por algún mal viaje de LSD o algo así, deciden que lo adecuado en ese momento concreto de sus vidas es, como ya habíamos avanzado, dirigirse hacia Bremen para ganarse allí la vida como músicos callejeros. Brillante idea donde las haya, estaréis de acuerdo. La cosa es que, por el camino, se encuentran una cabaña con gente dentro dispuesta a, en ese momento, sentarse a la mesa para cenar. Los cuatro animales deciden unilateralmente que esas personas son criminales y deciden hacerles huir de la casa para comerse ellos su cena. Así que, frente a la ventana, el perro se sube sobre el burro, el gato sobre el perro y el gallo sobre el gato, y empiezan los cuatro a berrear como energúmenos, creando un alboroto ensordecedor que es lo único remotamente parecido a la música que hacen en toda la historia.

Los delincuentes, que serían todo lo delincuentes que queráis pero que valientes lo justo, salen corriendo dejando la casa y la comida a merced de aquellos animales con tanta mala fe. Aunque, seamos justos, después, por la noche, vuelven para recuperar lo que es suyo, pero esta vez los animales no se andan con tonterías y, ni asustar ni leches, ya directamente los agreden a coces, mordiscos, arañazos y picotazos, los echan de allí y okupan definitivamente la choza. Y, no: como ya hemos visto, ni vuelven a plantearse ir a Bremen, porque para qué teniendo aquella casa tan chula a su entera disposición, ni se les vuelve a pasar por la cabeza el probar fortuna en el mundillo musical, porque para qué oído el resultado de su debut junto a la ventana.

Y eso... La historia de estos animales violentos, cabrones y ladrones se cuenta generación tras generación como si fuera la de unos héroes, y se le considera un clásico de la literatura infantil, y se le dedican óperas y estatuas, y los hermanos Grimm salen en la Wikipedia, y... Una vergüenza, sí.



16

Barbazul

Bien... Barbazul era un tipo de mucha pasta cuyo único problema era que no conseguía casarse. ¿Era un tío feísimo y contrahecho que daba grima mirar? Pues no, pero se ve que a las mujeres de aquella época eso de que alguien tuviera la barba azul les daba un poco de repelús. ¿Podría haber ido Barbazul afeitado para no provocar tal reacción en las damas? Podría, evidentemente, pero, se ve, no le daba la gana.

Pero como, como dice ese dicho catalán, pagando San Pedro canta, al final consiguió que una familia le diera a una de sus hijas en matrimonio por una cantidad que, talmente como lo de

Bankia, nunca ha llegado a aclararse del todo. Y eso: que se casaron y se fueron a vivir al casti-
llo de Barbazul.

Llegó un día en que Barbazul tenía que ausentarse unas semanas por negocios y, animán-
dola para que invitara a familia y amigos durante su ausencia, le dio el ramillete de llaves de la
casa a su esposa. Le explicó de dónde era cada una y, llegado a una última y pequeña llave, le ad-
virtió:

-Ésta es la del gabinete del fondo del piso de abajo. Como se te ocurra entrar allí, te crujo
-le dijo, aunque quizás no exactamente con estas palabras.

Ya sé lo que estáis pensando: 'coño, si no quieres que entre ahí, llévate tú la llave de viaje
contigo, mamón'. Pero se ve que a Barbazul eso de las soluciones lógicas y sencillas no le iba de-
masiado, así que le dejó la llave a su esposa.

En eso que partió y, efectivamente, la señora de Barbazul llamó a su familia y amigos para
que murieran de envidia por el pedazo de casa en la que estaba viviendo. Pero, claro, decirle a al-
guien "no entres ahí" es rogarle encarecidamente que lo haga, por lo que, evidentemente, la mu-
jer de Barbazul no pudo resistir la tentación y tuvo que comprobar qué narices tenía de secre-
ta aquella habitación.

Pues bueno: lo que tenía de secreta eran un montón de cadáveres de mujeres que Barba-
zul tenía allí porque, se supone, enterrarlas, aparte de un trabajo demasiado arduo, era una so-
lución demasiado sencilla para aquel hombre, del que ya hemos visto que lo de simplificar las co-
sas no era lo suyo. Con los nervios lógicos, a la esposa de Barbazul -de la que, como habréis ob-
servado, se desconoce el nombre- se le cae la llave del cuarto en el charco ponzoñoso de sangre
a medio coagular que inundaba la estancia, quedando ésta manchada de un rojo que, por más
que frotó y frotó, no consiguió que se fuera del todo.

Como suele suceder en los cuentos y en las películas, Barbazul regresó antes de lo previs-
to y pidió las llaves a su esposa, que, aunque intentó hacerse la loca para ganar tiempo, al final
tuvo que entregárselas. Y Barbazul, claro, observó que la llave estaba manchada de sangre y de-
senvainó la espada para añadir a su mujer a su colección de cadáveres.

-Dadme un momento de recogimiento con mi hermana en mis aposentos -le rogó a su ma-
rido, sabiendo que sus hermanos estaban a punto de llegar.

-Medio cuarto de hora, ni un segundo más -concedió Barbazul poniendo en marcha el cro-
nómetro de su i-Phone. ¿Por qué exactamente medio cuarto de hora? Yo qué sé, estamos ha-
blando de un pirado con la barba azul, no empecéis a pedirle lógica a esta historia a estas altu-
ras.

Y, bueno; como podéis suponer, los cuñados de Barbazul llegan a tiempo y matan a Barba-
zul, y su mujer se queda con el castillo y las riquezas, y vivieron felices, y bla bla bla. Y pasan
cuentos y más cuentos y no dejo de sorprenderme. O sea: ¿de verdad que explicarle a un niño la
historia de un asesino en serie y su sangriento final es lo suyo? Ya puestos, les podemos poner

'Henry: retrato de un asesino' o, mejor aún, documentales sobre Auschwitz. Si lo que se trata es de curtirlos, curtámoslos de verdad, ¿no?



17

El flautista de Hamelín

Había una vez un lugar llamado Hamelín que tenía un grave problema: las ratas. Un montón de ellas inundaba la ciudad y los ciudadanos, con el alcalde a la cabeza, no sabían ya qué hacer para acabar con aquella pesadilla.

Hasta que un día apareció en el despacho del alcalde un tipo extraño con una flauta bajo el brazo afirmando que tenía la solución para terminar con aquella plaga de roedores. Y el alcalde, que como buen alcalde no reparaba en gastos porque el dinero no era suyo, aceptó desesperado

la suma de monedas de oro que le pedía aquel individuo por eliminar a las ratas, a pagar, por supuesto, una vez finalizada la tarea.

El flautista, que debía tener prisa o algo, se puso inmediatamente manos a la obra. O mejor dicho, dedos a la flauta. Así que haciendo sonar su flautita se dio un garbeo por la ciudad, donde la gente pudo observar admirada cómo las ratas salían de sus escondrijos y seguían a aquel individuo que tocaba, según se dice aunque nunca se ha llegado a confirmar, el *Smoke on the water* de los Deep Purple, lo que era de un adelantado para su época que es difícil de explicar. El caso es que, tocando tocando, el flautista se llevó a todas las ratas hacia un río, donde murieron ahogadas, provocando grandes epidemias y numerosas muertes en las ciudades de más abajo, aunque eso es algo que nunca se cuenta cuando se explica este cuento. Una falta de rigor histórico imperdonable, indudablemente.

En fin... Que, como es normal, una vez concluido el trabajo el hombre regresó al despacho del alcalde para cobrar lo acordado. Pero, claro, el alcalde, como buen político, no era mucho de lo de cumplir promesas y pactos, y le dijo al flautista que gracias por los servicios prestados y eso, pero que donde dije digo digo Diego y que las cantidades habían sido reducidas de manera unilateral de forma considerable.

-Yo que tú no lo haría -le advirtió el flautista al alcalde- y pagaría lo que me debes, porque si no te voy a montar una que te vas a cagar.

Bien, quizás no fue esta frase en concreto, pero sólo es una pequeña licencia literaria sin importancia. La cuestión es que como el alcalde no se bajó del burro y se negaba a pagarle lo prometido al flautista, éste agarró un comprensible y monumental cabreo y, antes de salir dando un portazo, repitió su amenaza:

-Te vas a cagar.

Efectivamente, el maromo volvió a agarrar su flauta y, entonando esta vez el, se ve, *Anarchy in the UK* de los Sex Pistols, volvió a darse otra vuelta por el pueblo. Pero esta vez no fueron, porque ya estaban muertas, las ratas las que siguieron al músico, sino los niños de la población, que, como posesos, seguían las notas musicales como quien sigue sin darse cuenta un buen culo. Y cuenta la leyenda que del flautista y los niños nunca más se supo. ¿Los mató? ¿Se los llevó con él de gira? ¿Los liberó pero los niños pasaron olímpicamente de volver con sus padres? Se desconoce. Sorprende un poco, eso sí, que la ciudad entera viera cómo los niños se iban con el flautista y nadie hiciera nada por evitarlo. ¿Tan difícil es detener a un niño, por muy poseído que esté? No sé... Quizá producían descargas eléctricas cuando los tocabas o algo, quién sabe.

Y colorín colorado. Ah, sí, que se me olvidaba... La moraleja de este cuento es: los políticos siempre han sido unos inútiles y unos impresentables, no es de ahora. Y ya está.



18

Símbad el Maríno

En Bagdag, allá por los orientes, vivía un tipo llamado Símbad que era cargador, y por eso todo el mundo, en un alarde de originalidad, le llamaba Símbad el Cargador. Símbad poseía otra característica principal aparte de ser cargador, y era que, según parece, se iba quejando por los rincones por lo jodida que era su vida, la mala suerte que tenía y tal y cual. Lo que técnicamente se conoce como un llorón, vamos.

Pero, mira, a éste le sirvió de algo, porque un día un señor que se llamaba, curiosamente, también Símbad, pero que en su caso había sido toda la vida marino y por eso se le llamaba en

Bagdag Simbad el Marino (los de Bagdag no han sido nunca de complicarse en exceso la vida, efectivamente), le escuchó quejarse desde su casa y le invitó a entrar. Allí, Simbad el Marino comenzó a explicarle su vida a Simbad el Cargador, que, se ve, en aquel momento no tenía nada que cargar. Tras explicarle una de sus batallitas, el marino le dio cien monedas de oro al cargador para que volviera al día siguiente para poder explicarle más batallitas. Un hombre muy solo, sí.

Simbad, que sería cargador pero no idiota, por cien monedas de oro le escuchaba las batallitas hasta a José María Aznar, así que, por supuesto, regresó al día siguiente. Y Simbad el Marino volvió a explicarle otra de sus historias, que básicamente venían a ser todas lo mismo: primero se embarcaba, después el barco naufragaba –un tipo extremadamente gafe, las cosas como son–, se salvaba de manera inverosímil y, tras pasarle cosas muy raras, regresaba a Bagdag cargado de riquezas.

Y así continuaron día tras día: Simbad el Marino explicando historia tras historia, y Simbad el Cargador escuchando y llevándose a casa cien monedas de oro más. Hasta que al final el Marino le propone al Cargador que se vaya a vivir con él, y los dos viven felices y podridos de dinero hasta el fin de sus días.

Y el análisis de este cuento es evidente: habiendo como hay en el mundo millones de nombres en miles de idiomas diferentes, ¿era realmente necesario que, en una historia de dos únicos personajes, ambos se llamaran igual? No, de verdad: ¿era necesario? Porque esto de tener que ir especificando a cada momento quién era el marino y quién el cargador es un coñazo, en serio. Pero un coñazo.



19

La gallina de los huevos de oro

Hemos visto de todo en los cuentos anteriores, pero, sin duda, los protagonistas más gilipollas de todos son los de esta historia. Mucho más gilipollas que Juan Sinmiedo, sin duda. Y eso es mucho decir. En concreto hablamos de un matrimonio de granjeros que, a pesar de trabajar de sol a sol, pasan más hambre que otra cosa. No, no es por eso que son gilipollas, no seáis impacientes.

Resulta que un día encuentran que una de sus gallinas ha puesto un huevo de oro, lo que, os lo podéis imaginar, debe ser un alegrón difícil de explicar. Así pues, los granjeros deciden cui-

dar a la gallina como a una reina, que es lo mínimo que se puede hacer con un bicho que caga huevos de oro macizo, estaremos de acuerdo. Todo transcurrió felizmente a partir de entonces: la gallina vivía feliz cagando sus huevos de oro, los granjeros vivían felices con los huevos de la gallina, y sólo una gilipollez como un piano podía poner fin a aquella situación idílica.

Y sucedió. Porque se ve que el gilipollas del granjero tenía prisa por hacerse rico y, consensuadamente con la gilipollas de su señora, decidieron abrir en canal a la pobre gallina con la teoría gilipollas de que debía estar llena de huevos de oro. Pero, claro, la gallina de lo que estaba llena era de tripas y mollejas y los gilipollas de los granjeros se quedaron sin gallina y sin más huevos. Por gilipollas.

Y yo me pregunto: ¿qué clase de granjeros no saben que una gallina produce los huevos cada día y esperan que esté llena de huevos, sean éstos de oro, de chocolate o normales? Pues unos granjeros de mierda, evidentemente. ¿Eran o no eran unos gilipollas? Pues eso.

